

NUEVA REVISTA DE FILOLOGÍA HISPÁNICA

AÑO VIII

NÚM. 3

FÓRMULAS DE TRATAMIENTO EN EL PERÚ

I. ENTRE PERSONAS DE LA FAMILIA

1. MARIDO Y MUJER

El tratamiento más frecuente entre marido y mujer, común a todas las clases, es el de llamarse por el nombre de pila: "Luisa, ve qué tiene el niño", "Son caprichos, Juan". El apellido se usa en ciertos casos y con intención cariñosamente burlona, también en todas las clases sociales: "González, ¿qué horas son éstas de venir?"

Mujer, mujercita, mi mujer, mi mujercita también se emplean a menudo: "Vamos, que ya es tarde, mujer"; "No tardo, mujercita"; "¿Qué dice, mi mujer?". Ejemplos de la literatura: "*Timoteo* —¡No me sobe usted las barbas!/ *Clemencia*— Si te he de arañar... *Timoteo* —¡Eh, bruta!/ Mira, mujer, que si escarbas/ te digo zamba cañuta" (SEGURA, p. 285)*

El tratamiento de *mujer*, en tercera persona, tiende a ser sustituido en los hablantes de clase media por los de *esposa y señora*. Entre éstos se oye con más frecuencia: "¿Cómo está su señora (o su esposa)?" No así en el pueblo, donde alterna con *señora*.

Otro tratamiento de mujer a marido y, con alguna frecuencia, de marido a mujer, es el de *hijo, -a; -ito, -ita*: "Pero hijo, ¡qué te pasa!"; "Apúrate, hija, que llegamos tarde"; "Hijito, ¡qué buen mozo estás!"; "¡Qué guapa estás, hijita!" En obras literarias: "¡Ah! me olvidaba decirte que la mesada, hijo, no nos alcanza para nada..." (GAMARRA, p. 21); "*Timoteo* —Tú, hija, ya no te cocinas / ni con cien cargas de leña" (SEGURA, p. 285); "Figúrate, hijito, Carmen (esta Carmen es una de las hijas buenas mozas que tiene) fué a ver a su padrino..." (GAMARRA, p. 19).

El paso al diminutivo suele expresar, con frecuencia, una carga afectiva de sentido negativo: "De ningún modo, hijito, yo no acepto tal cosa". Las formas más corrientes llevan el posesivo: *hijo mío, hija mía*. "¿Qué tienes, hijo mío, te sientes mal?"; "Atiende, hija mía, a

* Al final del artículo se encontrarán las abreviaturas y la bibliografía.

los niños". *Hijito mío, hijita mía* se oyen sólo en especiales circunstancias afectivas de cariño extremado o de enojo reprimido: "Cuánto te lo agradezco, hijito mío"; "Pero, hijita mía, no sé a qué te refieres". *Mi hijo, mi hija, mi hijito, mi hijita* son poco usados, pues traen el eco de expresiones que en el Perú se creen peculiares del habla chilena y que suelen imitarse enfatizando su característica entonación: "Estás equivocado, m'hijo (o m'hijito). Salir tarde te hace daño".

El tratamiento de *marido* se suele usar en diminutivo, con un matiz zalamero y sin sentido irónico: "¿Estás molesto, maridito?"

Viejo, -a también se escuchan, aunque escasamente, en personas de edad y, algo menos, en boca de los esposos jóvenes: "Voy pronto, vieja"; "¿Saldremos de paseo, viejo?"

Cholo, -a, negro, -a, chino, -a y sus diminutivos son tratamientos muy usados en el pueblo y la clase media: "Querida chola: Como te dije en el correo pasado..." (GAMARRA, p. 36); "Cholito, cuídate mucho y no te olvides de tu Juana" (*ibid.*, p. 21); "Negrito, ¡cuánto me haces sufrir!, ¡ay!, eres muy ingrato; ¡ay! no estás contento con tu negra, ¡ay!..." (*ibid.*, p. 42). *Negro* y *chino* y sus diminutivos pueden combinarse con los posesivos. Según FRIDA WEBER dice para Buenos Aires, *negro, negra, mi negro, mi negra* "se suele explicar como herencia colonial, bien por el modo en que el amo se dirigía a la esclava predilecta, o bien como imitación del lenguaje ricamente afectivo de los negros" (p. 117). Explicación que vale igualmente para el Perú donde, además, estos tratamientos de carácter exclusivo se enriquecen con otros de procedencia racial: *cholo, chino*.

Son abundantes las formas efusivas. En un sabroso artículo de Gamarra se lee un diálogo caricaturesco entre marido y mujer. Ella tiene "antojos", y a sus llamadas el marido responde con una vasta gama de tratamientos cariñosos que, siendo todos usuales, presentan en su abundancia un cariz agudamente burlesco: *hija, hijita, mami-ta, cholita, negrita, madrecita, vidita, palomita, hermanita, tortolita, pichoncita, cholonita* (GAMARRA, *Ant.*, pp. 136 ss.).

Mi bien, usado entre marido y mujer. En el habla de los "huachafos" (gente de baja condición, de habla y maneras afectadas) son frecuentes estas formas que suenan a lenguaje literario y que, seguramente, provienen de la letra de canciones populares; por ejemplo, estos versos de un vals criollo limeño: "Por eso es que he venido, mi bien, / en esta noche, loco de amor..."¹

¹ Ya en un romance histórico que se cantaba en el Perú del siglo xvi figura *mi bien*: "Hacé mi ruego, señor, / aunque a mí no se debía, / encomiéndoo, señor Barba, / a mi bien, doña Mencía..." (ROMERO, p. 24). En otros romances del siglo xvi se leen como tratamientos de marido a mujer: *vida mía, honra mía, esperanza mía*. *Vida mía* se emplea aún hoy ocasionalmente para dirigirse al marido (o a otros interlocutores: hijos, amigos) con subido matiz afectuoso.

Papá, papacito, de la mujer al marido, en la clase media y pueblo: “¡Pero, papá, qué cosas dices!”; “¡Papacito de mi vida, si no te cuidas!”

La mamá en boca del padre para referirse a su esposa ante sus hijos: “Vayan donde la mamá para que les lave la cara”.

En los recién casados se dan formas efusivas como *corazón, -cito, ñaño, -a, chiquito, -a*.

Media naranja, cara mitad, mi costilla son formas de tratamiento pintorescas y en tercera persona, usadas también en el habla oral aunque con menor frecuencia. Designan, como en otras partes, a la mujer: “Suenan las tres de la tarde en el reloj de la Catedral, voyme a su casa, mi amigo aún se hallaba fuera de ella; pero su cara mitad, rodeada de visitas, hacía los honores del recibimiento” (SEGURA, p. 14).

2. ENTRE ENAMORADOS

Gran parte de los tratamientos que se usan entre marido y mujer son comunes al lenguaje de los enamorados que, como es natural, es muy rico en formas efusivas. Así, *cholo, -a; negro, -a; chino, -a* y sus diminutivos: “. . . en el diálogo, chispeante, y en el retruécano, insuperable; que con doble ósculo besa a sus enemigas íntimas; y que al pan le llama pan, y cholo a su amado. . . ¡Es la limeña!” (PORTAL, p. 133); “Cholita, no te enamores;/ cholita, haz como yo,/ a qué sufrir tantos sinsabores. . .” (polka criolla limeña); “Hombres y mujeres rodearon al capitán, y la hembra que le llenaba el ojo le dijo: —Bájate, negro de oro, negro lindo, toma una copa y ven a echar un *cachete* conmigo” (PALMA, p. 209); “Si mi negrita quisiera/ irse a la banda conmigo,/ le pagaré la balsada/ y cargaré tuel camino” (ALEGRÍA, S, p. 34); “Yo lo paso balsiando. . . Vamonós, china. . .” (*ibid.*, p. 40).

También se emplean *mi bien y vida, -ita*: “Pulido —Jacobita. . ./ déjame, mi bien; razones/ basten, Canuto, que es mengua/ que dure más nuestra queja” (SEGURA, p. 109); “—Mira, Santos, con mi 'apá no vas a ser guapo, ¿no? —Sonsa. . . ¿Guapo? Con nadie soy yo guapo, vidita” (José Díez-Canseco, *apud* BAZÁN, p. 179).

En tercera persona, son tratamientos de la clase media y de la baja: *mi peor es nada, mi camote*² (formas comunes a hombre y mujer); y las muy vulgares de *mi lomo, mi churrasco, mi hembra, mi material*. *Camote*, entre las mujeres de vida libre, se emplea para designar al rufián o simplemente al amante.

² “Tener un camote o estar encamotado” es muy corriente por ‘estar enamorado’ (ARONA, *Dicc.*). Hay un dicho popular: “Donde camotes se asaron, cenizas quedaron”.

Muchacho, -a; chico, -a, en tercera persona, designan a los enamorados: “¿Cómo sigues con tu muchacho (-a) chico (-a)?”

Ñaño, -a es tratamiento propio de los niños de corta edad. Dice MALARET para el Perú: “tratamiento que se dan entre sí los enamorados”³, pero nosotros no lo hemos oído.

Conocencia se emplea entre hombres, en tercera persona, para referirse a la amiga que se pretende enamorar o a la enamorada: “Oye, ¿no tienes ninguna conocencia por allí, que me presentes?”; “Lo vi con su conocencia”. Se usa también con el propósito de soslayar o darle un matiz irónico: “¿Quién? ¿María? ¡Ah, sí! Es una conocencia que tengo”.

Chelfa designa a la mujer en el lenguaje del hampa: “Ayer te manyé (‘vi’) aparrado (‘pegado’) a la chelfa y a la botamanga (‘botella’)”.

Percuncha y *percunchante* son tratamientos del enamorado y de la enamorada respectivamente. Se emplean en tercera persona y poseen una significación claramente burlesca: “Nos disponíamos ya a emprender el regreso a la ciudad, llevando cada uno de bracero a la percuncha respectiva. . .” (PALMA, p. 237); “. . . a la que alcanzaba a decorar el Año Cristiano no se le permitía hacer sobre el papel patitas de mosca o garrapatos anárquicos por miedo de que, a la larga, se cartease con el percunchante” (*ibid.*).

El piropo se inicia generalmente con las formas *madrecita* (propio del pueblo), *mamita*, *mamacita* (a la que se añade *linda*), *ricura*, *ricurita*, *ricotona*, *ricotonaza*: “¡Adiós, mamacita linda!”

3. PADRES A HIJOS

Los padres llaman a sus hijos por el nombre de pila, en positivo y diminutivo, uso general en nuestro idioma. Los llaman, además, por el hipocorístico (de Luis, Lucho; de Mercedes, Meche; de Graciela, Chela, etc.), forma usada por los padres (sobre todo por la madre) con sus hijos, aunque éstos ya hayan pasado de la niñez.

Hijo, -a; -ito, -ita son formas igualmente usadas: “Pero, hijo (-ito), vas a llegar tarde al colegio”; “Registrándole su ropa/hallé su fe de bautismo;/ mas, hija, ignoro yo mismo/ si fué de España o de Europa” (ARONA, *Ant.*, p. 127); “—Trae, pronto, hijito, no me hagas esperar. —Ve, ve, ve, papaíto, lo que hay aquí. . .” (PORTAL, p. 178). El empleo de estos tratamientos con los posesivos es más raro.

Niño, -a, usado por los padres para dirigirse a sus hijos pequeños, continúa a veces empleándolo la madre con las hijas casadas. El diminutivo y el posesivo tienen intención cariñosa y de mimo. “Y corté por lo sano disponiendo con todo el rigor de la autoridad paterna:

³ “En el Perú se dice *estar ñaños*: estar a partir de un confite” (MALARET).

—¡Niño! . . . ¡A la cama!” (PORTAL, p. 178); “—¿Qué te aflige, niña? ¿Separarte de nosotros?” (A. PALMA, p. 23).

Muchacho, -a, -ito, -ita es tratamiento usual en el pueblo y la clase media. El positivo tiene un matiz de descuidada aspereza: “¡Rápido, muchacho (-a)! No estoy para perder tiempo”. El diminutivo, en cambio, denota ternura y acompañado del posesivo es mimoso: “Ven aquí, muchachito”; “¿Está contento, mi muchachito?”

Chico, -a, -ito, -ita es tratamiento en todo semejante al anterior: “Oye, chico, ¡qué haces!”; “Este chico que molesta tarde y mañana”.

Chiquillo, -a, chiquindujo, -a, chiquitoso, -a son tratamientos que indican cierta cariñosa desaprensión. *Chiquitoso, -a* es más bien despectivo y se oye en boca de muchachos para dirigirse o referirse a otros de menor edad: “¡Véanlo, pues, al chiquitoso!”

Otros tratamientos son *cholo, zambo, chino, negro* que se emplean también en diminutivo, con posesivo y combinando ambas formas: “Cholo, ¿qué quieres comer hoy?”; “¿Se ha quedado con hambre, mi zambo?”; “Ya no compres más dulces, mi chinito”.

A estas formas suele añadirse el calificativo *viejo*, que hace más afectivo el tratamiento: “No estés metido en casa, anda al cine, cholo viejo (zambito viejo, negro viejo)”.

Viejo, -a, -ito, -ita, -cito, -cita son de frecuente uso en el lenguaje cariñoso de las madres: “¿Por qué está tan triste, viejecito?”

Guagua, -ita (del quechua *wáwa*, f. ‘criatura, infante o párvulo de pechos’; adj. fam. ‘tierno, blando o flexible’, LIRA, p. 1122) es tratamiento del niño de meses. Se da en tercera persona y como expresión mimosa: “¡Qué linda está la guagüita!”; “Con una ovación de truenos/llega el Dios cholo a su puerta: / —Mamacha, del cielo vengo/ a ver la guagüita enferma” (XAMMAR, parte 2, poema 2).

Mocoso, -a es despectivo que a veces emplean los padres: “¡Mocoso insolente! ¡Me las vas a pagar todas juntas!”; “¡Silencio, mocoso! Los muchachos no deben mezclarse en la conversación de los grandes” (ALVARADO, p. 20).

Angelito de Dios, pipiolo, pigricia, pichuza (del quechua *pichiku* o quizá *pichiko*, fam. y fig. ‘pájaro común’; *pichitánka*, m. ‘gorrión’, LIRA, p. 750) son tratamientos propios de los niños de corta edad. “Han de saber ustedes, angelitos de Dios, que uno de los doce apóstoles . . .” (PALMA, p. 241); “Y ahora, pipiolitos, a rezar conmigo un rosario de quince misterios . . .” (*ibid.*, p. 249).

Papacito, mi papacito, taita, mi taitito son formas mimosas, de sumo cariño, usadas por los padres para dirigirse a sus hijos: “¿Estás alegre, mi papacito (mi taitito)?”

El pelón, mi pelón: “Aquí me tienen en duro atrenzo. Mi pelón, de ocho y media primaveras de vida, ha oído con frecuencia este cantarcillo . . .” (PORTAL, p. 176).

Calatito (de 'kála, adj. 'desnudo, en carnes, sin vestido, sin ropa; desprovisto de pelos, sin cabellos, sin vellos, limpio de piel'; 'kaláto, neo. m. 'hombre o varón desnudo, más desnudo que vestido', LIRA, pp. 387 y 389), *palomilla*, *mataperro*⁴, *guagua*, *chiquito*, *chiquitito*, precedidos del posesivo, son tratamientos en que se expresan los más efusivos sentimientos maternos. *Mataperro* y *palomilla* pueden a veces entrar en expresiones de enojo y reproche: "Ven acá, palomilla (mataperro), ahora me vas a decir qué has estado haciendo tanto tiempo en la calle".

4. HIJOS A PADRES

El padre recibe los tratamientos de *papá*, *-cito*, *papito*, *papaito* y *papi*; la madre, los de *mamá*, *-cita*, *mamita*, *mamaita* y *mami*. *Papacito* y *papito* alternan en su uso y tienen igual valor afectivo, siendo más frecuente el primero en los hombres y el segundo en las mujeres. *Papaito* y *mamaita* están cargados de un acento más tierno. *Papi* y *mami* llevan un matiz de cariñosa irrespetuosidad. Se ven como un reprochable avance de lo moderno. "—¿Has oído, Catita, cómo se ha movido la mampara? . . . —Sí, mamacita, estoy temblando" (PORTAL, p. 122); "*Micaela* — ¡Basta ya! . . . ¡No; los brazos, no! . . . ¡Guá! ¡Qué lisura! Una le da las manos y él . . . ¡Idos . . . , va a venir mi mamita! . . . ¡Idos!" (ALVARADO, p. 17); "—Trae, pronto, hijito, no me hagas esperar. —Ve, ve, ve, papaito, lo que hay aquí . . ." (PORTAL, p. 178); "Adiós, papi, que te vaya bien".

Tata es tratamiento cariñoso del padre. Corresponde a *taita* en el quechua del norte: "Tata, quiero ir al circo". *Taita* es propio del indio y del mestizo de las serranías peruanas. En Lima, sin embargo, es usado por la clase alta en el lenguaje familiar: "¿Cómo está tu taita?", por ejemplo, es la pregunta que suele hacerse entre amigos para saber del padre de uno de ellos. El hispanismo *tayta* significa en quechua 'padre, progenitor'. "La chica, al volver en sí, empezó a llorar, llamando a gritos: —¡Taita! ¡Taita! ¡Taita! ¡Taita! ¡Taita! ¡Braulio! ¡Juan!" (VALLEJO, p. 68); "Por regla general, el hijo del cohetero ayuda al taita desde muy temprana edad . . ." (CAMINO, p. 98).

Mama se emplea poco para la madre. Designa también, como veremos, a la nodriza. "—Para que nada me aflija / voy a meterme a la cama. / Hasta mañana, pues, mama. / —Hasta mañana, pues, hija" (ARONA, *Ant.*, p. 128); "Pero el contrahecho, que es el orgullo de

⁴ Dice ARONA: "El *gamin* de París y el *pilluelo* o *granuja* de España. Lo natural sería decir *un mataperros* como se dice *un pelagatos*: pero el uso nuestro no lo quiere. Por extensión se llama *mataperro* al arrastrado, al cochambroso, al *maltraído* y a todo ente despreciable; y también al badulaque, al haragán" (*Dicc.*, pp. 278-279).

su mama, o de la parienta que lo cobija . . ." (GAMARRA, p. 129). En cambio, es muy empleado por los indios: "—¿Por qué llora usted? —le preguntó Cucho. —Ya se muere mi mama y don José está con gente . . ." (VALLEJO, p. 68); "Y nosotros que también gritábamos: Dale, dale! . . . Y la mama también: Dale, Rogito, dale pué hijito, tienes que golver! . . ." (ALEGRÍA, S, p. 22). El hispanismo *mama* en quechua significa 'madre, mujer que ha dado hijos, la hembra que ha parido alguna vez' (LIRA, p. 617).

Viejo, -a se escucha de vez en cuando. Posiblemente su uso en diminutivo, todavía no extendido, se deba a la influencia del habla argentina que llega a través del cine, la radio y las revistas. Se siente como algo vulgar y chocante: "No me esperes, vieja, porque llegaré tarde". En un relato donde los protagonistas son indios se lee: "Cun-ce hizo un gesto desdeñoso y se limitó a decir: —Ya te he visto, mi vieja, y me he dado el gusto de saborear una *chaccha* en mi casa" (E. López Albújar, *apud* BAZÁN, p. 109).

Señora es un tratamiento que hoy no se escucha. En Segura lo hallamos: "*Petita* — Pero, señora . . . *Blasa* — ¡Silencio! / y a su cuarto cada cual . . ." (SEGURA, *Art.*, p. 229).

Hijo, -a es, a veces, tratamiento de hijos a padres: "¡Qué tarros, hija, los que por aquí se usan y qué levás!" (GAMARRA, p. 98).

En lo tocante al tuteo de hijos a padres, ya es un hecho general en Lima. Sin embargo, quedan algunas muy escasas familias en que el tratamiento sigue siendo *usted*, lo que suena a uso provinciano por demás afectado e insincero. En el último decenio del siglo XVIII se inicia el tuteo. Lo vemos atestiguado en una curiosa "Carta escrita a la Sociedad de Amantes del País sobre el abuso de que los hijos tuteen a sus padres" (*Mercurio Peruano*, 16 de enero de 1791, pp. 36 ss.):

La confusión de este alborozado cumplimiento me impidió el parar la atención en las expresiones inocentes de mis hijos. Calmado el primer tumulto de los afectos, oí que todas estas criaturas me trataban de *Tú*. Admiréme, y pregunté a Teópiste de dónde nacía esta novedad tan opuesta a los principios de crianza, que yo había dejado entablados antes de mi viaje. Respondióme éste fríamente: *Que mis hijos habían estado en casa de Democracia su madre durante mi ausencia; y que allí les habían enseñado lo que es común a todas las clases de los ciudadanos*. Creció mi admiración: pregunté a algunos amigos si era positiva esta costumbre en Lima, y tuve el desconsuelo de quedar cerciorado de que la mayor parte de las madres, tías y abuelas, no sólo sigue esta baja práctica de hacerse tutear de los hijitos que las rodean, sino también la patrocina y la sostiene . . . Ayer tuve que sufrir un lance de esta naturaleza. Entró en casa una prima mía en ocasión que estaba allí de visita Democracia y sus adherentes: mi hija menor, Clarisa, corrió a abrazarla gritándole: *tía, dame un caramelito, dame una cosita, dame . . .* Ya

no pude disimular más: llamé a la muchachita, y le dije en tono algo severo, ¿si se había olvidado del modo de pedir que yo le había enseñado? Pero apenas acababa de proferir esta última palabra, cuando Democracia hecha un fiero basilisco me arrebató de las manos a la niña, diciéndome en tono de maldición: bien se conoce que Vmd. no quiere a sus hijos, y que más bien es tirano de ellos que padre: Vmd. que quiere enseñar a otros la buena crianza, debe saber primero que es mucho atrevimiento el querer corregir una costumbre general: y que aunque no lo fuera, es mi voluntad, y basta para que sus hijos tuteen a quien les dé la gana.

En otro pasaje de tan interesante carta, el autor recuerda que hay dos clases distintas de tratamientos (los confidenciales y los reverenciales), y que se deben mantener estrictamente diferenciados:

Sírvanse Vms. de preguntar en mi nombre a todas las Madamas que piensan en esto como Democracia: ¿Qué idea tienen del respeto filial, y de la superioridad paterna? Si nuestro idioma tiene los tratamientos confidenciales con separación de los de reverencia, ¿por qué los hemos de confundir? ¿Por qué hemos de acostumbrar a los hijos a que nabien a su madre en el mismo tono que a su esclava, y a que no distinguan a su padre de su calesero? Finalmente ¿por qué miran como afecto de amor en los padres una condescendencia que es tan contraria a la subordinación, y aun a la buena política de las gentes?

5. OTROS GRADOS DE PARENTESCO

Tío, -a, -ito, -ita se usan solos o seguidos del nombre: "Salúdame a Gerardito, tío"; "¿Cómo estás, tíita?"; "Tía Rosita, ¿vas a salir hoy?" El uso general en tercera persona es el que antepone el posesivo: "Encontré a mi tío Juan en los toros". Cuando la diferencia de edad no es muy grande y existe mucha confianza, el sobrino suele tratar al tío por su nombre de pila.

Abuelo, -a, -ito, -ita se oyen más frecuentemente solos y en diminutivo: "Abuelito, abuelito, cómprame caramelos". En tercera persona se les antepone el posesivo: "Una cosa es con guitarra y otra cosa es con violín, según decía mi abuelita . . ." (ALEGRÍA, *M*, p. 20).

Tatatata y *mamamama* son tratamientos muy empleados. Designan al abuelo y a la abuela respectivamente: "Tatatata, cuéntame un cuento"; "Dame un realito, mamamama". Como en los casos anteriores, el posesivo precede al tratamiento en tercera persona.

Maamama y *mamama, mamita mía, mamá*. La primera forma proviene visiblemente de *mamamama*; la última, probablemente, de *mama mía*. *Mamita* se escucha tanto como *abuelita* y *mamamama*.

Mama es el nombre de la nodriza. Se emplea también como tratamiento de la abuela: "Mama, ¿no me das la sopa?" Dice EMILIA ROMERO: "Algunos cuentos referidos por las *mamas* (nodrizas) del

Perú proceden de viejos romances" (p. 68). A *mama* se añade *vieja*. Es tratamiento de la mujer anciana, tal como se da en Catamarca y San Luis (Argentina) (WEBER, p. 110, nota).

Madrina, -ita, maína, padrino, -ito: "No dejes de venir, madrina (-ita)". Los hijos de los criados llaman por este nombre a sus patrones, pues éstos suelen ser efectivamente sus padrinos.

Primo, -a es tratamiento que se dan los primos entre sí cuando no se llaman por sus nombres de pila. En tercera persona va con el posesivo antepuesto y el nombre de pila.

6. DE LOS PATRONES A LOS SIRVIENTES

Los sirvientes son llamados por sus nombres de pila.

Muchacho, -a. Dice ARONA: "*Muchacho* con pronombre posesivo significa entre nosotros 'sirviente, criado', y así se oye *mi muchacho, su muchacho*" (Dicc., pp. 287-288). "¡Muchacho! ¡Muchacho! ¡Valentín! —Señor. —Ven acá. ¿Qué modo de servir el té es éste? Aquí falta azúcar" (SEGURA, p. 33).

Chico, -a. Como el tratamiento anterior, éste designa a los sirvientes jóvenes o niños: "¿Ya hiciste los mandados, chico?"

Cholo, -a. Su uso registra desde la nota afectuosa hasta la despectiva: "Muy bien, chola, ahora puedes salir"; "¡Ah, chola bruta, salaste la comida!"

Negro, -a. Se emplea menos, pues la servidumbre de este color es cada día más escasa. En la Colonia, en cambio, era abundantísima y gozaba del cariño y la simpatía de sus amos. "*Mónica* (con misterio) — ¿Quién será, amita? *Micaela* (en el mismo tono) — Quizá Maza . . . Corre, negra" (ALVARADO, p. 21).

Mujer, de significación general, es tratamiento que suele recibir también la criada: "*Rita* — ¿Llamaba usted? *Blasa* — Mujer, sí. / ¡Jesús, y qué negligencia! / Ya no hay, demonio, paciencia / para tolerarte a ti" (SEGURA, p. 231).

7. DE LOS SIRVIENTES A LOS PATRONES

Señor, -a es hoy la forma más usual de tratamiento de sirvientes a patrones.

Niño, -a. "Los sirvientes tratan a los hijos de los dueños de casa, solteros, grandes o pequeños, con *niño, -a*, de uso general en América, tratamiento que daban los negros esclavos a los hijos de los amos" (WEBER, p. 119). En el Perú este tratamiento se hace extensivo a los varones y a las mujeres casadas, madres de familia, aun de avanzada edad: "¡Dios lo guarde a mi niño Orbegosol! [por entonces presidente de la República] —añadía alguna mulata de convento — ¡Es lindo como un San Antoñito!" (PALMA, p. 201).

Niño se contrapone a *muchacho*. Se emplea casi exclusivamente para los de piel blanca o de familia acomodada. "En esa misma sociedad [la limeña] no se concibe que pueda haber otro *niño* que el *blanco* . . . Sépalo el recién llegado, y precávase o más bien súrtase de los términos *muchacho* y *muchachito* cuando vaya a hablar de los niños que no tienen la cara blanca" (ARONA, *Dicc.*, p. 289). "Don Tomás, la Juliana y todos pasan sin conocerme, y yo me duelo de que ya nadie me diga: Buenas noches, niño Ernesto, cómo estás, cómo te ha ido" (BONILLA, p. 33).

Mi niño, -a se oye menos. Estaba en boca de las viejas criadas negras a quienes se trataba familiarmente: "*Mónica* — ¿Va a ser cómica mi niña?" (ALVARADO, p. 29).

Los padres al referirse a sus hijos ante los criados lo hacen con *el niño*, *la niña*, e igualmente los criados. "Rogando que no despertaran a su hijita, «la niña Ana María», bajó él mismo a ensillar su mejor caballo de paso" (V. García Calderón, *apud* BAZÁN, p. 94); "La niña Juanita dice que apenas acabe la distribución vendrá, aunque sea un ratito" (GAMARRA, *Ant.*, p. 135).

Unido al tratamiento *don*, *doña*: "¡Son pa la niña doña Manueleta que ayé yegó e la sierra! . . ." (CAMINO, p. 90).

Así como se ha reducido en gran parte el tratamiento de *negro* para los criados de color, de la misma manera ha decrecido *amo*, -a, tan usado en tiempos de la Colonia. Era más frecuente su empleo en diminutivo: *amito*, -a, y con posesivo antepuesto: *mi amo*, *mi ama*, *mi amito*, *mi amita*. "¿Un cuento, amito? ¿A estas horas? ¿No sería mejor que sus mercedes se fueran a la cama antes de que venga mi señora?" (A. PALMA, p. 12); "Pues le diré a mi amito que me dijo el niño Conrado que le dijera que anoche mismito agarró y se murió la niña Grimanesa" (V. García Calderón, *apud* BAZÁN, p. 93). Aún subsiste este tratamiento, bien que muy restringidamente, en parte de la vieja servidumbre y de las vendedoras (dulceras, tamaleras) de color⁵.

Su merced, de los criados negros a sus amos, ha caído en desuso. M. A. Fuentes ("El Murciélagos") en su sátira *La libertad*, da un sabroso ejemplo de cómo los negros, con la abolición de la esclavitud decretada por el presidente Ramón Castilla en 1854, se despojan de la pesada carga de sumisión que se expresa con dichos tratamientos: "¡Ah Flásico! ¡güeno tiempo / lo tiempo de libértá! / Lo blanco, y no compite; / nosotros so siurarano; / ola no ha negro, ni blanco. / Ya somo, Flásico, hermano. / Ya no diremo a ninguno / ni amo, ni

⁵ Así leemos en una crónica sobre la Lima de la segunda mitad del siglo XIX: "...vendían [frejoles], sentadas en fila sobre limpia estera delante del mercado, diez o doce negras viejas que habían sido esclavas de la hacienda Villa. *Amito*, *amita*, llamaban humildemente, *cómpreme su mercé lo güeno frijón de Via*" (PORTAL, p. 22).

su mecé; / ya no somo *tata Pepe*, / somo *señó don Cosé*" (FUENTES, p. 289).

Patrón, -cito es forma de la provincia, de uso rural: "—¿A qué hora llegaremos, Juanucho? —Será, patrón, sol alto. —¿Llegaremos temprano? —Cuándo no, patroncito; las mulas pican bien" (GAMARRA, p. 86); "Te has salvado, patrón . . . ; casisita te roba *la Yara* . . . —le dijo Lorenzo" (BURGA, p. 129).

El blanco, la blanca, el blanquito, la blanquita se oyen frecuentemente en boca de la servidumbre con un matiz muy característico de resentimiento y desprecio. Así en boca de una criada negra: "¿Qué se habrá creído la branquita esa, que con cinco trite solifacios una v'hacer la praza. Etas blancas sucias". *Blanquito* va seguido a veces de un insulto: "*Branquito cagaleche*" (cf. *infra*, p. 265, *zamba canuta* o *motosa*, etc.).

II. ENTRE AMIGOS Y CONOCIDOS

1. USADOS POR LOS HOMBRES

Las relaciones entre simples conocidos tienden a pasar prontamente a relaciones de franca amistad. Así el tratamiento respetuoso de *usted*, entre personas que acaban de conocerse, se reemplaza muy a menudo, con rapidez que suele sorprender al extranjero, por el tuteo que es exigido cordialmente cuando las personas conocidas simpatizan.

Ñato, -a, dice ARONA, "son al mismo tiempo por acá voces del más exquisito cariño o de zalamería, principalmente en Arequipa y otros pueblos de la sierra. ¿Cómo estás, ñato? Adiós, ñata, se dice como pudiera decir un madrileño: ¿Cómo estás, chico? Adiós, chica" (DICC., p. 290). Tal equivalencia va hasta el punto de que *ñato*, como *chico*, se aplica a los niños de corta edad: "... la zamba armada a la modista; los hijos, cada ñato con siete amas, coche particular . . ." (GAMARRA, p. 10). *Ñato* va unido al nombre de pila o al apellido, a manera de apodo cariñoso: "... el ñato Juan, de espíritu fraileco . . ." (EGO POLIBIO, p. 12); a un popular cronista limeño se le conoce como el *Ñato Carrera*. *Chico, -a* se escucha muy de vez en cuando. Se halla en SEGURA, p. 114.

Hermano, -ito es tratamiento muy usado, especialmente entre jóvenes de todas las clases. Implica suma confianza y cariño: "¿Qué tal, hermano? ¿Cómo te fué en los exámenes?"; "Valor, hermanito, valor, al pie está el río Marañón" (ALEGRÍA, S, p. 39). En tratamientos familiares se modifican algunas palabras. Así ocurre con este cordial *hermano* que da *hermanón* y *manón*: "¿Qué fué de tu vida, hermanón?"; "¿Cómo te va, manón?"

Primo, con el mismo sentido que *hermano*: “¿Me esperas, primo?”

Compadre se usa entre amigos, conocidos y personas que han entrado en relación amistosa ocasionalmente. No va más allá del pueblo y la clase media. A veces toma, como suele suceder con estos tratamientos, un matiz de confianza que se propasa (algo como: “vea, amigo . . .”) e insinúa, por eso mismo, cierta superioridad sobre el interlocutor: “Muy bien, compadre, así se procede”; “—Pero parece que don Amenábar les va a quitar la prosa . . . Así me han dicho. —¿Cómo, compadre? —Lo que oye, compadre. Hay juicio de por medio . . .” (ALEGRÍA, *M*, p. 73).

Cumpa es un tratamiento proveniente de *compadre*. Denota más confianza aún que éste: “*Timoteo* — ¡Qué polka ni qué mazurca! / Cuando un limeño está en turca, / no hay más polka que el cajón. / *Lino* — ¡Bien, cumpa, eso es de chupiste!” (SEGURA, p. 290).

Socio es de mucha familiaridad, casi denota una tácita y consentida complicidad: “Conque, socio, ¡nos vamos a la jarana!”; “¡Qué buena vida, socio! —exclamaba Marino cruzándose los brazos— ¡Las once del día y todavía en cama!” (VALLEJO, p. 58).

Compañero y *camarada* son formas amistosas, usadas entre personas del mismo oficio (el de las armas por ejemplo), aunque pueden ser empleadas por personas simplemente conocidas: “Alvear estrechó la mano de Sucre y le dijo: —Gracias, compañero. Vele por Isabel” (PALMA, p. 198); “Señor —me dijo mi acompañante—, ha sido un maestro de nuestra escuela, que hace algún tiempo ha muerto. Murió casi abandonado . . . —Cuénteme, compañero, algo de la vida de ese hombre” (F. IZQUIERDO RÍOS, “Mateo Rojas, el Maestro”, en *Rev. Turismo*, Lima, año 12, núm. 134). Ambos tratamientos pasaron a tener, hacia 1925, un empleo específicamente político. Con uno y otro se llaman los correligionarios del Partido Aprista y del Partido Comunista, respectivamente. Habiendo sido antes tratamiento usual de camaradería entre los estudiantes universitarios, hoy, fuera de la ley esos dos partidos, los que no pertenecen a ellos prefieren valerse de otras palabras, principalmente *colega*.

Cuñado denota cierta pícará confianza por la alusión que lleva implícita: “Esta bien, cuñado, así son las cosas”. *Cuñao*, *cuña* con el mismo sentido: “Mira, cuña, qué bien está”.

Entenado es tratamiento análogo al anterior: “Entenado, ¿vamos al cine?”

Suegro, del pretendiente a su futuro padre político, y *yerno*, de éste al primero, denotan suma confianza y familiaridad. No lo hemos escuchado; sin embargo SEGURA lo trae (pp. 105, 106 y 112).

Adú se escucha en ambientes escolares y de jóvenes. “Es mi adú” valdría tanto como “es mi íntimo”.

Hincha (en el lenguaje de la Argentina: 'partidario exaltado de un club deportivo') ha pasado al Perú con una significación similar a la de *adú*: "De Juan ni hablemos, porque es mi hincha".

Íntimo, como ya hemos visto, tiene significación equivalente de *adú*.

Fiel, *feligrés* se emplean en el lenguaje de la "jarana" (fiesta criolla donde menudean las bebidas alcohólicas, particularmente el pisco, y se baila y canta ruidosamente) como tratamientos de amistad alborozada: "¡Adentro, fieles de Cajamarca!"; "¡Qué tal, feligresa! ¿Nos aventamos un copón?"

Tocayo tiene un uso mayor que el específico, pues se emplea para tratar amistosamente a una persona: "Como usted quiera, tocayo. Usted manda".

Colombroño 'tocayo' se emplea muy ocasionalmente entre personas de edad que se mantienen apegadas a las viejas costumbres. Suena afectado. "Confórmese con llamarse sencillamente Martín, y le estará bien, por lo que tiene de semejante con su colombroño el pérfido hereje Martín Lutero . . ." (PALMA, p. 179).

Tatatata. Ya hemos dicho que es tratamiento propio del abuelo; sin embargo se oye en boca de amigos, aunque no muy frecuentemente: "Tatatata, ¿en eso te paras? ¿Qué principios necesitas o cuál doctrina?" (GAMARRA, p. 7).

Papito, *papacito*, también entre amigos. Tiene casi siempre un matiz de cariñoso reproche: "Basta, papito, déjate de tonterías".

Cholo, *chololo*, *cholololo* son muy usuales, y a veces compartidos por las mujeres. Su sentido es cariñoso, familiar: "Cholo, ¿quieres ir al paseo?"

Secretario entre personas jóvenes que son muy amigas. Denota, humorísticamente, una confiada y mutua comprensión: "Mira, secretario, nos marchamos".

Yunta y *carreta* son dos formas propias de la clase baja. Expresan una burda, aunque cordial, familiaridad: "¿Qui'ubo, yunta?"

Paisano y *paisa* se usan también entre amigos y conocidos: "Oiga usted, paisano (paisa), para vicios basta". *Paisanito* es la designación cariñosa del recién llegado de la sierra: "Parece que no le sienta el clima al paisanito".

Señores y *caballeros* son formas para dirigirse a un concurso de personas amigas, conocidas o desconocidas: "Por la noche dijo el Presidente a sus tertulios: —¡Eh! Señores . . ., ya hizo fuego el cañoncito . . ." (PALMA, p. 220).

2. USADOS POR HOMBRES Y MUJERES

Hijo, *-a*, *hijo mio*, *mi hijito*, *mi hijita* son tratamientos característicos entre amigos asiduos y de confianza: "Hijo, ¿hasta qué horas te espero?"

Joven se emplea más bien para dirigirse a desconocidos. Entre conocidos y amigos se escucha en boca de personas adultas o ancianas: “—Bien venido, mi señor don Dionisio —dijo, dando una empuñada al visitante—. Me he permitido traer y presentar a usted a este joven peruano, que se halla de tránsito en París . . . —Vea usted, joven, si en algo puedo serle útil, y disponga como suya de esta casa” (PALMA, p. 229); “El viejo . . . se concretó a decir únicamente: —Tienusté su casa, joven, yojalá le vaiga bien . . .” (ALEGRÍA, S, p. 16).

Hombre, exclamativo, para dirigirse a personas de ese sexo y también a mujeres: “El Arturo, mientras engulle una pierna de cuy, codea al Roge: —Ta güena, hom . . .” (ALEGRÍA, S, p. 30).

Mujer es frecuente y de confianza: “*Micaela* — Consuélate, mujer, que he de obsequiarte uno de mis galanes” (ALVARADO, p. 27).

Compadre, *-ito*, *comadre*, *-ita*, en personas que tienen ese parentesco y, además, como tratamiento cariñoso, familiar entre gente del pueblo: “—Mande usted a casa, comadrita, y que le pidan al cholo mis estribos . . . —Bueno, compadre; y que se traigan también los trebejos que faltan de cualquiera de los otros diputados” (PARDO, p. 169).

Vecino, *a* en el lenguaje cordial entre vecinos, en particular del “callejón” (‘casa de vecindad’): “Buenos días, vecino, ¿cómo va esa salud?”

Casero, *-a*, *-ito*, *ita* son tratamientos que se dan mutuamente el vendedor y el comprador, ya en el mercado, ya cuando el vendedor es ambulante. Una “casería” es un comprador habitual y de confianza. “Su casería dice todo vendedor ambulante de la casa donde habitualmente se le compra con preferencia a cualquier otro”; “*Casero*, parroquiano” (ARONA, *Dicc.*, p. 124). “Casera (-ita), ¿no me lleva las uvitas?”

Marchante, *-a*, *-ito*, *-ita* usados únicamente por los vendedores, pero no sólo por los ambulantes. Se oye a veces en los puestos de los mercados y aún en las tiendas: “Ahí va la *yapa* (‘adehala’), *mar-chante*”.

Cliente, *-a* —frente al *casero* de los vendedores ambulantes—, en boca de los vendedores de tiendas fijas: “Aquí tiene, cliente, un modelo que le va a gustar.”

3. USADOS POR LAS MUJERES

Hijo, *-a* es tratamiento que las mujeres usan entre sí con exceso, particularmente en el colegio: “Así me dijo ella: —Hija, si una no se asegura en esta vez, ya no hay cuándo” (GAMARRA, p. 20).

Niña lo usan, de preferencia, las mujeres. Se escucha corrientemente en los colegios (aunque menos que *hija*) y en las relaciones

amistosas: "Se dicen comúnmente las amigas: Sal afuera, niña, no te *disfuercas*; come, niña, ¡Ay Jesús! ¡qué *disforzada!*" (ROJAS, p. 277).

Camarada, -ita. "Nuestras niñas limeñas se dan el tratamiento que se dan los soldados. Fulana es mi *camarada*. Y otras, mi *camaraita*" (ROJAS, p. 272). Hoy no se escucha.

III. ENTRE DESCONOCIDOS

1. USADOS POR LOS HOMBRES

Los tratamientos usados para amigos y conocidos sufren fácilmente un desplazamiento hacia su empleo con desconocidos. Este hecho se explica quizá por el carácter abierto, desaprensivo, fácil para intimar con los demás, propio del poblador costeño. La casi totalidad de estos tratamientos es común a hombres y mujeres.

Amigo, mi amigo, inspiran confianza y cordialidad. La primera forma es más usada. "Dígame, amigo, ¿qué hora tiene?"; "—¿Cómo se llama esta marcha, mi amigo? —le preguntó el jefe supremo, sonriendo ante la obesidad del músico. —La Salaverrina, mi general" (PALMA, p. 205).

Jefe es muy frecuente en el pueblo y la clase media. Lleva un matiz de burlona lisonja, especialmente cuando se emplea para dirigirse a la policía: "¿Cómo se llama este jirón, jefe?"

2. USADOS POR HOMBRES Y MUJERES

Ñato, -a, chiquito, -a, niñito, -a, para dirigirse a los niños. Son formas cariñosas: "Ñato, ¿quieres llevarme a esta dirección?"; "Ven acá, chiquito, llévame esto"; "Muchas gracias, niñito".

Muchacho, -a para dirigirse a la gente del pueblo. Supone cierta dosis de autoridad que la persona se atribuye por el hecho de pertenecer a clase más alta desde el punto de vista racial o económico. Esto viene a explicar la costumbre que tiene la clase alta de hablar de *tú* a la gente del pueblo, aunque también exista el tratamiento de *usted*, según la idiosincrasia y los hábitos del hablante. Tal tuteo puede tener un matiz autoritario y paternal: "A ver, muchacho, lústrame los zapatos"; "Muchacho, dame *La Prensa*".

Joven, -cito se oye a menudo como tratamiento de deferencia. Es muy empleado por los choferes y conductores de ómnibus que lo usan en lugar de *señor*, evitando así el matiz servil que puede implicar esta última forma o que se siente en ella: "No hay asientos, joven". "La palabra *joven* . . . la aplicamos en la conversación familiar ya directa, ya indirectamente, con una especie de sorna constante que ningún fundamento tiene, pero que existe. El *joven* fulano decimos como significando 'aquél', 'el sujeto ese', aun cuando el aludido haya pasado de la juventud. De la misma manera en la interlocu-

ción se cruzan las frases *oiga Ud., joven; no, joven; ¡qué joven éste!* siempre con la misma chunga y sin tener en cuenta la edad" (ARONA, *Dicc.*, p. 254).

Mozo es tratamiento del empleado de hotel o restaurante: "Mozo, nos trae una cerveza bien helada". En vocativo y en tercera persona *mozo, -a, mocito* tienen un acento despectivo: "¡Vaya con la moza tan alzada!"; "*Sempronio* — ¡Cierto que es atrevimiento / el del mocito! ¡Zambomba!" (SEGURA, p. 106).

Maestro, -ito es la forma más socorrida para dirigirse a los artesanos (zapateros remendones, carpinteros, etc.). Carece de significación irónica. Así en PALMA (p. 234) se encuentra aplicado a un zapatero: "Maestro —le dijo—, tenga usted buenas tardes".

Niño, -a para los que propiamente lo son y también para jóvenes y personas de edad. Se oye en boca de personas de menor categoría social, racial o económica, además de la servidumbre (cf. *supra*, p. 249). "Niña, ¡llévese de mi mal consejo: córtese la punta de las trenzas y métalas, sin que el señor lo sepa, debajo de la cama..." (GAMARRA, p. 48)⁶.

Compadre y comadre llevan consigo un matiz de confianza campechana: "Compadre (comadre), ¿me hace un sitiecito?" es frase que puede escucharse, por ejemplo, en un vehículo público.

Señor, señora, señorita, caballero son tratamientos muy usados para dirigirse a personas desconocidas, como es general en nuestro idioma.

Cristiano, -ito es tratamiento empleado por mestizos de los valles del Marañón. En Lima no lo hemos escuchado. "Dejenlo... sosiego pa ustedes, cristianos..." (ALEGRÍA, S, p. 139); "Ay, cristianitos... apurensé que dinó los apresan por tiempazo!" (*ibid.*, p. 48).

IV. RELACIÓN DE RESPETO Y SUMISIÓN

Los tratamientos de respeto llegan a ser en boca de gran parte de la población peruana —por obra de ciertas condiciones sociales e históricas— verdaderas fórmulas de sumisión. En efecto, un régimen secular de esclavitud y servidumbre de negros e indios, la índole propia de cada una de estas razas y una marcada tendencia discriminatoria por parte de los de raza blanca dan como resultado esas formas, hoy empleadas principalmente por el indio, cuya alma posee un rico fondo de ternura que se manifiesta en su lengua y su poesía. El negro, libre ya y muy mezclado, las ha ido suprimiendo, pese a que su temperamento primordialmente afectivo lo inclinaba hacia ellas. El descaecimiento, abandono y debilidad del indio se expresa

⁶ *Niña* fué tratamiento muy empleado en la retórica de los románticos: "¿Gustas, niña, a los postres de un banquete / de esos dijés de azúcar diamantada...?" (CARLOS AUGUSTO SALAVERRY, en *BCP*, t. 8, p. 29).

sobradamente en sus tratamientos que traducen la entrega sumisa y la necesidad de captarse la benevolencia del interlocutor.

Señor es el uso más generalizado. Para dirigirse a los jóvenes alterna con *joven* (común a las clases alta, media y baja) y con *niño* en boca de los sirvientes: “Sírvese pasar por acá, señor”; “¡Hola, amigo! —dijo el que iba adelante . . .—, ¿adónde es el viaje? —Al pueblo, señor —respondió Rosendo sofrenando a su vez” (ALEGRÍA, *M*, p. 71).

Señor se usa seguido del apellido o del nombre de pila. ARONA en 1882 protestaba contra el uso que suprime el *don* —“tan eminentemente español”— después de *señor*, aproximándose de este modo a la locución francesa del tipo *Monsieur Pierre*, por ejemplo. Uso “que va ganando terreno entre nuestra gente irreflexiva y que sólo arguye afectación y pedantería” (*Dicc.*, p. 36).

Señorcito es forma que se escucha en boca de la gente baja, particularmente entre la que se dedica a la venta ambulante, como los vendedores de lotería. Aparece en boca de un mestizo del valle del Marañón: “¡La víbora, señorcito, la Intiwara!” (ALEGRÍA, *S*, p. 187).

Mi señor, mi señora no se oyen, salvo para expresar sentimientos muy cordiales y con intencionado énfasis ceremonioso: “—Créame que es un placer para mí . . . Sí, mi señor don Osvaldo . . . sí, mi señor . . . —Igualmente que a mí, don Juan” (ALEGRÍA, *S*, p. 59).

Señora, como *señor*, es el uso general. Alterna con *niña* en el trato de los sirvientes. Le sigue el nombre de pila, el apellido paterno y, si se trata de persona casada, el del marido sin la partícula *de* como es usual en lengua española: “¿Cómo están sus hijitos, señora Ramírez?”

Señorita para la mujer joven; es tratamiento, además, de la mujer soltera de cualquier edad y, en ocasiones, de la joven casada⁷. Le sigue ya el nombre, ya el apellido.

Caballero ha sido casi totalmente desplazado por *señor*. Se escucha, aunque circunstancialmente, en boca de hombres y mujeres, a manera de reproche que apela a la caballerosidad de una persona que parece haberla olvidado: “¡Caballero, ésas no son palabras para tratar a una señorita!” En diminutivo tiene, en ocasiones, un matiz claramente despectivo; pero a veces se emplea en tercera persona para referirse a los niños a quienes se encuentra crecidos después de un tiempo. Equivale a *hombrecito*: “¡Qué sorpresa, Lucho, si eres ya todo un caballero!”

Señor caballero es forma que se oye en boca de los japoneses. Así es frecuente escucharla a un peluquero de esta nacionalidad: “Señor caballero, ¿gusta cortar pero?”

⁷ Sin embargo lo hallamos en SEGURA para dirigirse a una mujer casada y madre de hijas ya casaderas: “Pedro — ¿Quién lo duda, señorita? / (Tú misma me das los medios / para entenderme con tu hija)” (*Art.*, p. 232).

Caballeros es tratamiento que se usa junto con *damas* o *señoras* para dirigirse a un concurso de personas: "Señoras y caballeros, tengo el honor de . . ."

Doctor, profesor, ingeniero, arquitecto son tratamientos de respeto que suelen emplearse también con cierta intención de broma amable. En ocasiones, *doctor* y *profesor* se pronuncian como palabras graves, con lo que se quiere traer un recuerdo de la gravedad académica que estas voces extranjeras suponen: "Muy bien, dóctor (profésor), eso es hablar".

De esta forma, *doctor* es la más empleada; en ocasiones con posesivo antepuesto: "¿Qué se le ofrece, mi doctor?" Esta última forma, al igual que en otros países de América, proviene seguramente del influjo de los tratamientos propios de la milicia: *mi sargento, mi coronel, mi general*, etc.

Doctorcito, ingenierazo son formas cariñosas y de confianza o propias de gente inculta.

Don, doña. Estos tratamientos han sido suprimidos en las expresiones *señor don, señora doña, señorita doña*. Ocasionalmente y por escrito (periódicos y cartas) se usan dichas formas; sin embargo, en los periódicos limeños ya no aparecen⁸. *Don, doña* se usan seguidos del nombre y son comunes a todas las clases sociales; se oye más el primero que el segundo: "¡Bien, don Toribio! Provinciano veintiochero con olor a naftalina y escarapela en el ojal izquierdo" (BONILLA, pp. 125-126); "Nos daráste posadita, don Matish . . ." (ALEGRÍA, S, p. 136). *Don* y *doña* se emplean muy raramente solos. En esta forma expresan excesiva confianza y bastedad, y se escuchan con molestia: "¡Qué tal, don!"

Don, doña es título que "ha caído —dice KANY, p. 425— considerablemente de su primitiva altura social. En los primeros siglos del lenguaje estuvo reservado para la realeza y los altos dignatarios de la Iglesia, y más tarde para aquellos que habían prestado un importante servicio al Estado". Su uso comenzó a extenderse a fines de la época colonial y durante las guerras de Independencia. "Tobar dice que la venta del título *don* en la ciudad de Lima se hacía en 1818 en 1400 reales. La Independencia trajo la abolición de los títulos, y cualquiera podía ostentar ahora el *don* o el *doña*".

Un conquistador —según nos cuenta PALMA, p. 235—, atormentado por los escrúpulos que le causaba la riqueza obtenida en el rescate de Atahualpa, acabó regalándosela a Carlos V; éste "admitió el apetitoso obsequio, concedió el uso del *Don* a Alonso Ruiz, y le asignó una pensión vitalicia de mil ducados al año, que fué como decirle:

⁸ Durante la Colonia y ya en la República, hasta los tiempos inmediatos al *Diccionario* de ARONA (1882), *señor don, señora doña* era el uso normal. Después dejó de emplearse, tal como lo señala Arona. "—¿Qué trae usted de bueno, señor don Antonio? —Nada, señorita . . ." (SEGURA, *Art.*, p. 15).

Come, que de lo tuyo comes". AMADO ALONSO agrega: "Es decir que todavía durante las guerras de independencia el *don* era un título de privilegio que se conseguía mediante ciertos trámites y ciertas contribuciones al erario" (BDH, I, p. 427). ARONA cita a Cadalso que, como él, protestaba de lo que este último llamaba "Donomanía" ("No hay duda que es extravagante el número de los que se usurpan el tratamiento de Don, abuso general en estos años, introducido en el siglo pasado y prohibido expresamente en los anteriores", *Dicc.*, p. 184). Arona, después de señalar que la indebida apropiación de este tratamiento trae "una verdadera dificultad en las relaciones de amos y criados", apunta: "Por descontado que ésta no es más que una de las tantas y fecundas adquisiciones de nuestra gloriosa Democracia (??) cuya misericordia desgraciadamente sólo es de arriba para abajo y no de abajo para arriba; por lo que, tan pronto como una distinguida señora viene a menos y baja de su rango, los grotescos *Dones* y *Doñas* que quedan descritos, se apresuran a apearle el tratamiento y a llamarla *ña* Fulana. ¿Cosas? ¡*Coces* de la Democracia!" (*ibid.*).

No, ña. Dice ARONA: "Abreviaciones de *señor* y de *señora*, pero no inocentes, pues con el implacable *ño Fulano* y *ña Zutana* se amue-la a todo infeliz a quien por su color, pobreza o apocamiento de espíritu no se considera digno de figurar entre los señores" (*Dicc.*, p. 292)⁹. "La última *Casa de Purga* de Chiclayo fué la de un negro viejo, Don Nonita, que vivía en la poética calle de Miralo Verde. Naturalmente, si este Don Nonita no hubiera poseído *Casa de Purga*, apenas hubiera sido *Ño Nonita*" (CAMINO, p. 64). Estos tratamientos tenían abundantísimo empleo en la Lima del siglo XIX, como se puede comprobar en la literatura costumbrista de la época. Su intención era muy diversa, pues iba desde la cariñosa hasta la burlesca e insultante.

Ño, ña seguidos del nombre se empleaban entre la gente del pueblo y eran formas respetuosas para dirigirse a las personas de edad. Ahora se usan escasamente. "—¿Ta el Cayo o ña Meche? —No, ellos murieron hace tiempo..." (ALEGRÍA, S, p. 198). Seguidos del nombre y el apellido: "... entonces me pasaron a otra miga, cuya directora era Ña Peta Carrasco..." (ROJAS, p. 283). Este tratamiento lo recibían las personas del pueblo que se dedicaban a la venta de dulces, bebidas, etc. Iba seguido del nombre en diminutivo o del nombre familiar. Llevaba un matiz de confianza y cariño: "Pues era en aquel mercado —el de San Sebastián— donde ña Marcelina había erigido su trono" (PORTAL, p. 9).

Ña toma una connotación irónica de maliciosa impiedad al referirse a ciertos tipos muy limeños: los de la mujer que se arrima a los beneficios de una familia acomodada, la beata fisgona y chismosa.

⁹ Para el origen y uso del *ño, ña* ver BDH, I, pp. 416 ss.

El nombre en diminutivo acentúa este carácter: “¿No me conoce? Yo soy ña Velarde, / la beata de saco / que le regala aquel rico tabaco” (LARRIVA, pp. 70-71).

Ño se encuentra aplicado por la mujer al marido con sentido burlesco: “Ya lo ves, ño Silverio? —dijo a su marido—, ¿ya lo ves? ¡Mi Juan es bachiller!” (GAMARRA, p. 91). Unido al nombre o al apodo, lleva intención claramente burlesca, o despectiva, o insultante. Como despectivo se aplicaba muy frecuentemente a los tipos populares de Lima, los famosos “bobos” que vagaban exhibiéndose ante el zumbón interés de los limeños: “A la travesura de una *tapada*, que después se supo quién era, debió un mal rato el pobre Ño Bofetada, tonto de los de número y calidad. . .” (PORTAL, p. 86). Puede usarse solo, seguido de *fulano*, *zutano* o *perencejo*, o seguido de insultos: “chingana es una *pulperia* ínfima, que nunca está en esquina como aquélla, ni pertenece a un italiano sino a un Ño, hijo del país o de alguna otra república hispanoamericana” (ARONA, *Dicc.*, p. 168); “Y lo que se llama *algo de bueno* es que se raje a ño zutano, que se entre en pugna con las autoridades” (GAMARRA, p. 128).

Ñor, *ñores* (< *señor*, *señores*) es forma que no se escucha en el habla limeña. CIRO ALEGRÍA la trae en una de sus novelas que se desarrolla en los valles del Marañón y, a juzgar por esto, quizá se mantenga en el habla rural: “Dios se lo pague, ñor, dicen agradeciendo la merienda” (S, p. 138). *Ñor* seguido del nombre y del apellido: “Lima había parecido preocupada solamente por los helados de ña Aguedita, por las viandas que entre dicharachos servía ñor Juan José. . .” (BASADRE, p. 311); “Si olvidamos los rencores / y nos unimos en masa, / no ha de hacernos una baza / con sus espadas ñor Flores” (LARRIVA, p. 87).

Eña (< *señora*) lo hallamos también en ALEGRÍA: “Donde la eña Mariana. . .” (S, p. 151).

En la época colonial abundaron los tratamientos propios de la nobleza y los altos cargos y dignidades. Han caído en desuso, quedando sólo algunas formas como tratamientos de uso específico dentro del mundo oficial.

Excelentísimo señor y *Excelentísima señora*, seguidos del nombre y del apellido de la persona (y, en ciertos casos, con el título profesional y el *don*) o del título nobiliario: “El Excelentísimo Señor Doctor Don José María del Pando era un inteligentísimo limeño. . .” (CAMINO, p. 164). *Su Excelencia* para referirse, en la Colonia, al Virrey: “No; el gentilhombre de cámara del virrey, aquel guapo mozo que está desde ha largo rato inmóvil junto al sillón de su Excelencia” (A. PALMA, p. 55). *Vuestras Excelencias* y *Vueseñorías*: “. . . y de cada una de Vuestras Excelencias y Señorías, cuyos pies besa humildemente” (FUENTES, p. 292); “Doña Ana se levantó de la mesa y salióse al balcón seguida de los oidores. —¿Qué opinan vueseño-

rías?” (Ricardo Palma, *apud* BAZÁN, p. 21). *Vueselencia* lo hallamos como tratamiento de presidentes en la época republicana: “Páreceme que mientras otros nos hemos ocupado de hacer patria, vueselencia no se ha ocupado sino en fabricar muchachos...” (PALMA, p. 205). *Vuesencia*: “Señor Ministro, / sabe Vuesencia, / cómo administrador...” (PARDO, p. 116).

Su Señoría, del subordinado al superior en las relaciones con las autoridades gubernativas: “[El subprefecto] llamando en voz alta: —¡Anticonal!... —¡Su Señoría! —respondió un gendarme...” (VALLEJO, p. 113). *Mi señoría* se escucha en boca del mestizo del Norte: “*Piajeno* llaman al pollino, animal al que jamás mencionan delante del *zambio* (blanco) sin decir: —¡Con perdón de mi Señoría!” (CAMINO, p. 1).

Su merced. Tratamiento, como los anteriores, de suma cortesía; lo hallamos en boca de la clase baja durante la Colonia: “Al día siguiente al del acuerdo presentóse don Julián en una de las pulperías, y el mozo le dijo: —No hay huevos, señor don Julián. Vaya su merced a la otra esquina por ellos” (Ricardo Palma, *apud* BAZÁN, p. 39). *Vuesa merced*: “Perdone vuesa merced, señora mía, dijo entonces con noble gravedad el marqués de la Vega del Genil...” (A. PALMA, p. 52-53); “¿Y en qué se ha faltado a esa exactitud a que alude vuesa merced, mi señora doña Mariana?” (*ibid.*, p. 61). Como se ve por los ejemplos citados, este tratamiento podía ir seguido de las formas *mi señor*, *mi señora*, *señora mía*, las cuales se usaban también por separado: “Pues, señor mío —le contestó la abadesa—, mientras estas manos empuñen el báculo abacial, no saldrá Rosa del claustro sino cuando ella lo quiera” (PALMA, p. 174).

Señor Usía, *mi Usía*, *Useñoría* se usaban para dirigirse a una autoridad política; alguna vez *Useñoría* va acompañado de *señor* y *su merced*, acentuándose con esto su carácter de temeroso respeto. “Sí señor, Useñoría, su merced, así se hará señor, contesta el sacristán...” (GAMARRA, p. 33); “... está el pobre indio viajando todo el año, pidiendo siempre: ¡Josticia, mi Osía!” (FUENTES, p. 336).

Misiá solo, seguido del nombre de pila o del nombre familiar: “Ta [‘hasta’] mañana, misiá” (KANY, p. 427); “... y con este motivo Misiá Tibita [Tiburcia] deja el moño y la pintura al óleo” (GAMARRA, *Ant.*, p. 133).

Los tratamientos que llamamos de sumisión los hallamos abundantemente documentados en la literatura folklórica serrana, pues es en boca del indio donde estas formas se oyen con mayor frecuencia.

Taita y *mama* son los tratamientos más usados por los indios, y expresan una ternura y obediencia casi filial: “A los cuatro o seis días de camino llega a la casa del Juez; se le presenta sudoso, hinca una rodilla en tierra y dice presentando el papel: ¡Josticia, taita!”

(FUENTES, p. 335); “—¿De dónde vienes? —Bambamarcas, taita” (ALEGRÍA, S, p. 72); “—Toma cuatro reales. No tengo más. ¿Quieres? —Bueno, mama —dijo el sora” (VALLEJO, p. 29). *Taita* puede ir seguido del nombre familiar, y también aplicarse a un santo o a un ser inanimado: “Taita Pancho irá tras el anda de la efigie. . .” (BONILLA, p. 60); “Así en todos los años en víspera de Taita Paca, el Señor milagroso que el agua esculpió en piedra a orillas de la laguna de Jauja. . .” (*ibid.*, p. 69); “Rosendo acechaba una oportunidad como ésa para subir a Taita Rumi, hacerle ofrendas. . . y preguntar al mismo cerro por el destino” (ALEGRÍA, M, p. 255). *Taita* alterna con *tata* aplicado al cura: “Pero si es cosa buena la iglesia, ¿cómo es que tú nunca oyes el sermón del taita cura?” (PALMA, p. 259); “Como tú no eres de aquí, niñay, no sabes los martirios que pasamos con el cobrador, el cacique y el tata cura. . .” (MATTO, p. 209).

Se usan también las variantes *taitito*, *taitay*, *mamay*, *taytacha*, *mamacha*: “—Vamos, ¿por qué está allí esa raja? —Taitito. . .” (GAMARRA, p. 33); “—¿María? —dice el viejo. —¿Taytay?” (*ibid.*, p. 72). *Mamacha* y *taitacha* se aplican a la Virgen María y a Dios respectivamente, y también a sus imágenes. *Taitacha* se emplea por extensión para los santos y sus imágenes, y para los sacerdotes. En el Norte del Perú se dice *taitite*: “Un pote de chiche (chicha) y otro de colade (colado), taitite mi amo” (CAMINO, p. 69).

La desinencia quechua -y, equivalente del posesivo *mi*, se aplica también a otras palabras. “*Viday*, *vidalay*, *viditay*, con que se regalan dos señoras arequipeñas, equivalen simplemente a ‘mi vida, mi vidita’. *Pedroy*, *Manueloy*, *dotorlay*, *comadrey*, quiere decir ‘mi Pedro’, ‘mi Manuel’, ‘mi doctor’ (sóplate ésa) y ‘comadre mía’ o más elegantemente ‘comadrita’. El *mamay* (‘madre mía’) lo hallamos en gallego, en donde es familiar por madre” (ARONA, *Dicc.*, p. 82). El diminutivo quechua -*cha* (LIRA, p. 85), añadido a formas castellanas, da tratamientos como *señoracha*, *niñacha*, *Rosacha*: “Yo me quedé llorando cerca de Rosacha. . . y sin que sepa Juan vengo a implorar tu socorro, por la Virgen, señoracha. . .” (MATTO, p. 207).

V. TRATAMIENTOS DE VALORACIÓN RACIAL

Estos tratamientos, usados en vocativo y en tercera persona, constituyen un grupo peculiar del habla peruana. Su variedad, abundancia y constante empleo es producto de una marcada tendencia diferenciadora, discriminatoria, que se ejerce sobre un profuso mestizaje. En el Perú, dice humorísticamente Palma, “quien no tiene de inga, tiene de mandinga”.

En tiempos de la Colonia los españoles recibían el nombre de *chapetones*, “sobrenombre que los mismos españoles debieron darse desde los primeros días de la conquista, porque ya en Garcilaso lo

hallamos usado con la mayor naturalidad para distinguir al español recién llegado, que se *mareaba* (*asorochaba*) al pasar la cordillera, del *plático* y *baquiano* en la tierra. No debe, pues, considerarse ofensivo el apodo. También a nosotros se nos llamaba (o llama) *perule-ros*" (ARONA, *Dicc.*, p. 163).

Sin embargo, la contraposición entre *chapelón* y *criollo* (hijo de español, nacido en América) acusaba una intención diferenciadora, cuando no despectiva, por parte de los segundos: "Continuando, pues, divididos los ánimos de *chapelones* [aparece en nota: Nombre que dan los criollos a los españoles, en recompensa del que a ellos les pusieron igualándolos a los negros] y *criollos*, era preciso que también lo estuviesen en los intereses. Veía con exasperación un español americano que, solamente por haber nacido fuera de la Península, estaba privado de obtener los empleos de rango, y que de España venían a ocuparlos todos; que lo que era lícito para los *chapelones*, era prohibido para los *criollos*: y que los españoles europeos los miraban con desprecio, y no dejaban pasar la ocasión de abatirlos" (JOSÉ DE LA RIVA AGÜERO y SÁNCHEZ BOQUETE, en *Bol. del Museo Bolivariano*, año 2, núm. 14, p. 62).

Chapelón, tanto en MALARET como en SANTAMARÍA, es 'el español recién llegado a América' y, por extensión, 'torpe, bisoño, poco diestro'. *Chapelonar* y *chapelonear*, en los lexicógrafos citados, significa 'obrar sin habilidad'; y *chapelonada* 'inexperiencia, acción u obra mal ejecutada por falta de conocimiento de los usos del país'. *Pagar la chapelonada*, 'pagar el noviciado'.

Actualmente este tratamiento ha desaparecido. Sin embargo, en la ciudad de Huancayo (sierra del centro) se designa con el vocablo *chapelas*, de intención despectiva, a toda persona que procede en forma distinta a la gente del lugar.

Godo fué tratamiento aplicado a los realistas españoles en el Río de la Plata, Chile y otras repúblicas de la América meridional: "Y a usted, so godo de cuernos, cascabel sonajero, ¿quién le dió vela en este entierro?" (PALMA, p. 185). Hoy ya no se escucha.

Misti "dícese de toda persona que no es la inkayka, denominándose a blancos, mulatos, cholos, gringos y otros tipos que no participan de la sangre india" (LIRA, p. 661). "Se le deja solamente la vida. . . para que baje a vivir en las ciudades, bajo la férula del misti, lo que para un indio altivo y amante de las alturas es un suplicio y una vergüenza (López Albújar, *apud* BAZÁN, p. 107). En el departamento de Huancavelica, provincia de Pampas (sierra del centro), *misti* se aplica exclusivamente a mestizo de blanco e indio, única mezcla que se da.

Wirakkócha (nombre de uno de los dioses quechuas) tiene el valor de "caballero, señor, don. Así llamaron los inkas a los conquistadores y posteriormente a los blancos o al que se precia de *gen-*

tleman" (LIRA, p. 1160); "Viracocha [llamaban] a los primeros españoles" (Garcilaso Inca, en PRADA, p. 123). Este tratamiento, no muy usual, posee un matiz admirativo que el uso puede haber borrado pero que en ningún caso llega a ser despectivo.

Blanco es despectivo. Es muy frecuente en la clase baja (en frases de reto e insulto) y en la servidumbre mestiza: "Blanquito 'e tal por cual". En general implica una fuerte dosis de resentimiento.

Dice AMADO ALONSO que "la historia de nuestras fórmulas de tratamiento es el reflejo de una lucha permanente en la cual se oponen los esfuerzos de la masa por igualarse a los distinguidos y los de los distinguidos por diferenciarse de la masa. Igualación o diferenciación" (BDH, I, p. 430). Cabe señalar que en el Perú, desde el punto de vista racial, la masa (india y mestiza) reacciona en un sentido opuesto al de la pretensión de igualarse con los distinguidos (blancos), tal como lo acreditan los tratamientos *blanco*, *blanquiñoso*, *misti*, etc., con los que acentúa precisamente una diferencia.

Al extranjero, particularmente anglosajón, se le llama *gringo*. Este tratamiento ha llegado a ser estimativamente neutro. "Para nosotros *gringo* y *gringa*, con sus dos terminaciones, y aun por cariño *gringuito* y *gringuita*, no es más que *inglés* e *inglesa*, como llamamos *bachiches* a los italianos, *chapetones* a los españoles, y como nos apodan a nosotros mismos *peruleros* en España. . . La definición de *gringo* dada por Terreros hace más de cien años es la que mejor cuadra a nuestro propósito. Ese hábil lexicógrafo dice que en Málaga apodan así a los extranjeros que hablan con acento, y *señaladamente* a los *irlandeses*" (ARONA, *Dicc.*, pp. 223-224).

Gringo con cierto matiz distintivo, aunque cordial: "El capitán del barco era *gringo* borrachín, que le tomó cariño al pilluelo y lo hizo pajecito de cámara" (PALMA, p. 241). En ocasiones se carga de significación despectiva: "¡Gringos, jijos de p. . .!" (VALLEJO, p. 205); en otras tiene un carácter familiar y cariñoso (al hijo rubio se le llama *gringo*).

Bachiche es el nombre que se da al italiano, especialmente al que se dedica al comercio de abarrotes ("el *bachiche* de la esquina"). "Respecto a la etimología de *bachiche* oigamos al señor Pecolari-Malmignati (*El Perú*, &): *Bachiches* llama la plebe peruana a los italianos, extrañando la frecuencia con que ocurre entre ellos el nombre de *Baciccia* que, como saben ustedes, significa *Giambattista* o *Battista*" (ARONA, *Dicc.*, p. 224). "En la parroquia donde lo cristianaron púsole el cura Judas por nombre, correspondiéndole el apellido Iscariote, que, si no estoy mal informado, hijo debió ser de algún *bachiche* pulpero" (PALMA, p. 241). Otra designación del italiano es *gringo bachiche*. En unos versos burlones que se oyen en

boca de los "mataperros" (chicos de la calle): "Gringo bachiche, saca tu piche / p'hacer cebiche".

El mestizo de blanco e indio es el tipo racial que recibe mayor número de tratamientos francamente despectivos. *Cholo* es uno de los más reiterados; en Garcilaso se lee: "A los hijos de los mulatos llaman *cholos*; es vocablo de las islas de Barlovento, quiere decir perro, no de los castizos, sino de los muy bellacos gozones: y los españoles usan de él por infamia y vituperio" (ARONA, *Dicc.*, p. 171). En Arona leemos que "el *cholo* es tan peculiar a la costa, como el indio a la sierra" (*ibid.*, p. 170). Es de empleo tan frecuente, que ha dado origen al verbo *cholear* (se dice, por ejemplo, "es muy feo cholear a la gente") con la significación de 'tratar de *cholo*'. Este frecuentativo ha ganado, también, una segunda acepción (*ir a cholear* 'ir a cortejar a las criadas'). También se da *cholero*, sust. y adj. 'galán de cholos'. El tratamiento suele acompañarse de una o más palabras insultantes: "Luna le interrumpió, dirigiéndose exasperado a Huanca: —¡Qué abuso ni abuso, miserable! ¡Cholo brutal!" (VALLEJO, p. 147). También se acompaña con *huanaco* (nombre de un auquénido oriundo del Perú) que tiene significación despectiva: "Calla, cholo huanaco". *Cholito* tiene sentido afectuoso: "¿De qué te ríes, cholito? ¿Quieres trabajar conmigo?" (VALLEJO, p. 21). *Cholo*, *cholito*, *chololo* se emplean como tratamientos cariñosos entre personas que pueden ser o no ser mestizas (cf. *supra*, pp. 242, 245, 253).

Chuto viene de *ch'útu*, m. 'bezo, burlete, borde carnoso o grueso de las heridas congestionadas', 'labio doble y saliente, borde de los objetos de contorno abierto y saliente'; adj. 'jetón' (LIRA, p. 196). Como se sabe, es característica facial del indio el tener el labio ribeteado. Según MALARET: "voz insultante que se aplica únicamente a los cholos". Es muy despectivo y suele agregársele alguna palabra ofensiva: "¡Silencio, chuto venenoso!"; "¡Andai, zamba mocha! —insulto que las indias placeras lanzaban a las señoritas regateadoras, y que casi siempre era contestado con un: —¡So, *chuta motosa!*" (CAMINO, p. 24).

Chonta, *chontano* (posiblemente de *chunta*, f. 'palmera de madera dura, elástica y negra, bastante utilizada para arcos de flecha por su resistencia', LIRA, p. 144) son otros tratamientos que se dan a los cholos. La designación sería metafórica: 'duro de entendederas como la chonta', 'resistente como la chonta'.

Serrano se aplica también al cholo: "Los serranos, hablo de los mestizos. . ." (CONCOLORCORVO, p. 18); "¡Animales! ¡Bestias! . . . ¡Qué saben nada de nada! ¡Serranos sucios! ¡Ignorantes! . . . La mayoría de los gendarmes eran costeños. De aquí que se expresaran así de los serranos" (VALLEJO, p. 141).

Indio es tratamiento despectivo e insultante: "¡Anda, indio 'e m . . . !'" (VALLEJO, p. 136).

Chuncho (adj. 'selvático, inculto, oriundo de la selva, no civilizado'; m. 'hombre salvaje'; fam. 'hereje o no religioso', LIRA, p. 190) es palabra con que se designa genéricamente al habitante de la montaña peruana, y tratamiento del indio de la sierra o del selvático. *Chuncho* en otra acepción muy frecuente designa al niño huraño: "No seas chuncho, Juancito". *Achuncharse* es 'intimidarse, ponerse huraño'.

Churrapaco se aplica al indio y al mestizo. Es despreciativo y alude a la baja estatura: "Se ha buscado un enamorado . . . ¡un churrapaco!"

El negro y sus variedades mestizas tienen sus respectivos tratamientos. *Negro* es el primero. *Macuito* es el "apodo familiar que se suele dar a los negros" (ARONA, *Dicc.*, p. 262): "Recórcholis! Oye, macuito. Las ollas de barro y las mujeres, que también son de barro, se toman sin lugar a devolución" (PALMA, p. 185).

Para el mestizo de negro e indio o de negro y cholo hay los tratamientos de *zambo*, *zambuco*, *zambicurrungo*: "¡Vaya con el zambo jaranero!"; "¡Qué zambuca tan atrevida!"

Sacalagua, *zambo sacalagua* se aplican al mestizo de negro e italiano. "Algunos pretenden que, etimológicamente, quiere decir esto: *Saca el agua* del bautismo y se verá que no eres sino mezclado" (ARONA, *Dicc.*, p. 349).

Al chino, que en el Perú se dedica a la venta de comestibles en su "encomendería", se le dice *chino*, *macaco*, *paisano*, *paisa*: "Los muchachos daban contra los macacos como el Cid contra los moros" (CAMINO, p. 36). Otro tratamiento, propio de los chicos "palomillosos", es el de *chino* (*chinito*) *majailó*.

Japón y *paisa* son tratamientos propios del japonés (dedicado al negocio de cafés y restaurantes). A la japonesa se la trata de *María*, y a este nombre convertido en común responden todas ellas. *Rosa* es otro, pero de uso más restringido.

Turco, en tercera persona, para los extranjeros que no son anglosajones. *Jacoibo* para los judíos. *Franchute* para los franceses.

Para *indio*, *negro* y *mulato* se usan ciertas formas eufemísticas. Así *indígena* y *natural* se refieren al indio; *moreno*, *de color*, *de color honesto*, *del pelo*, *medio pelo*, al negro, y *pardo* al mulato.

ABREVIATURAS Y BIBLIOGRAFÍA

- A. PALMA—Angélica Palma, *Coloniaje romántico*, Barcelona, 1923.
 ALEGRÍA, M—Ciro Alegría, *El mundo es ancho y ajeno*, 2ª ed., Santiago de Chile, 1941.
 ALEGRÍA, S—Ciro Alegría, *La serpiente de oro*, 4ª ed., Santiago de Chile, 1946.
 ALVARADO—María J. Alvarado Rivera, *La Perricholi*, I, Lima, 1946.
 ARONA, Ant.—"Juan de Arona" (pseudónimo de Pedro Paz Soldán y Unanue, 1839-1895), antología de versos satíricos, en *BCP*, t. 9**, pp. 96-128.

- ARONA, *Dicc.*—"Juan de Arona", *Diccionario de peruanismos*, en *BCP*, t. 10.
- BASADRE—Jorge Basadre, *Iniciación a la República*, I, Lima, 1929.
- BAZÁN—Armando Bazán (ed.), *Antología del cuento peruano*, Santiago de Chile, 1942.
- BCP*—*Biblioteca de Cultura Peruana*, París, 1938 (12 tomos, el 9 en dos partes).
- BONILLA—Ernesto Bonilla del Valle, *Jauja. Estampas de folklore*, Buenos Aires, 1946.
- BURGA—A. Burga Freitas, *Ayahuasca*, 2ª ed., Lima, 1941.
- CAMINO—Carlos Camino Calderón, *Diccionario folklórico del Perú*, Lima, 1945.
- CONCOLORCORVO—"Concolorcorvo" (pseudónimo de Calixto Bustamante Carlos Inga), *El lazarillo de ciegos caminantes*, ed. de Buenos Aires, 1942.
- EGO POLIBIO—"Ego Polibio" (pseudónimo, según parece, de Lorenzo Fraguela, poeta satírico de la segunda mitad del siglo XIX), selección en *BCP*, t. 9**, pp. 10-31.
- FUENTES—Manuel Atanasio Fuentes (1820- ?), selección de sus escritos satíricos en *BCP*, t. 9*, pp. 287-339.
- GAMARRA—Abelardo M. Gamarra, "El Tunante" (1850-1924), *Rasgos de pluma. Costumbres y tipos buenos y malos del Perú*. Primera serie, Lima, 1911.
- GAMARRA, *Ant.*—Abelardo M. Gamarra, selección publicada en *BCP*, t. 9**, pp. 128-166.
- KANY—Charles E. Kany, *American-Spanish syntax*, Chicago, 1945. [2ª ed., 1951].
- LARRIVA—José Joaquín de Larriva y Ruiz (1780-1832), escritos satíricos publicados en *BCP*, t. 9*, pp. 68-98.
- LIRA—Jorge A. Lira, *Diccionario kkechuwa-español*, Tucumán, 1944.
- MALARET—Augusto Malaret, *Diccionario de americanismos*, 3ª ed., Buenos Aires, 1946.
- MATTO—Clorinda Matto de Turner, en *Novelistas hispanoamericanos*, ed. F. Monterde, México, 1943.
- PALMA—Ricardo Palma, *Tradiciones escogidas*, en *BCP*, t. 11.
- PARDO—Felipe Pardo y Aliaga (1806-1868), selección en *BCP*, t. 9*, pp. 99-207.
- PORTAL—Ismael Portal, *Del pasado limeño*, Lima, 1932.
- PRADA—Manuel González Prada, *Baladas peruanas*, Santiago de Chile, 1935.
- ROJAS—Ramón Rojas y Cañas (1830-1881), *Museo de limeñadas*, en *BCP*, t. 9*, pp. 268-287.
- ROMERO—Emilia Romero, *El romance tradicional en el Perú*, El Colegio de México, México, 1952.
- SEGURA—Manuel Ascencio Segura (1805-1871), *Artículos, poesías y comedias*, Lima, 1885.
- VALLEJO—César Vallejo, *El tungsteno*, Madrid, 1931.
- WEBER—Frida Weber, "Fórmulas de tratamiento en la lengua de Buenos Aires", *RFH*, 3 (1941), 105-139.
- XAMMAR—Luis Fabio Xammar, *Wayno*, Lima, 1942.

JAVIER SOLOGUREN

El Colegio de México, 1949-1950.